

MEMORIA Y TESTIMONIO GUATEMALTECO. LA IMPRONTA DE MARIO PAYERAS

Pablo Gómez Candelaria

INTRODUCCIÓN

Para la existencia de la memoria es necesario tener en cuenta un punto de partida. El ejercicio de la *anamnesis*, es decir, de la rememoración, concita la búsqueda y la exploración de áreas del recuerdo —cuya base material se asienta en un acontecimiento— que posibilita el enriquecimiento de la memoria. En ese sentido, el siguiente ensayo se propone como objetivo vincular la memoria de un fragmento de la historia contemporánea de Guatemala con los testimonios del intelectual revolucionario Mario Payeras. *Los días de la selva* y *El trueno en la ciudad* son la expresión testimonial de la obra de quien fuera miembro de la Dirección Nacional del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), organización armada que declaró la “guerra revolucionaria” al Estado contrainsurgente, fruto del golpe militar de 1954. Ambos textos refieren a dos periodos distintos del segundo ciclo de

la insurgencia guatemalteca.¹ La actividad guerrillera en la que se vio inmerso el autor fue motivo para el despliegue de la creación testimonial que tomó forma de escritura político-literaria y que puede ser vista como una fuente más para contribuir al proceso de construcción de la memoria en este país.

Estos textos se insertan en la mayor conmoción social del siglo xx guatemalteco. El enfrentamiento armado (de 1960 a 1996) causó heridas profundas en lo más hondo del pueblo guatemalteco y sacudió la conciencia nacional de forma perturbadora. Este hecho es parte del sedimento histórico que signa a la memoria reciente de esta nación centroamericana; moldeada por la violencia de un Estado que adoptó medidas genocidas para sostenerse en el poder.

Por esta razón resulta importante abordar el acontecimiento y sus antecedentes; la relación de aquél con la impronta testimonial y por último la militancia de un sujeto que formó parte activa de la historia reciente guatemalteca y el análisis crítico de sus textos. Esta triple actividad tiene el propósito de aportar elementos que ayuden a complementar, desde la perspectiva del testimonio, el cuadro de la memoria guatemalteca.

Para ello se acude al testimonio como una herramienta más de la memoria. Éste cumple una doble función: por un lado contribuye a darle forma a los hechos mediante el tratamiento *in situ* de los mismos, y por otro se constituye en una impronta de la memoria. El ejercicio de la anamnesis posibilita hallar en el uso de la impronta testimonial ciertos componentes de la memoria como imágenes, emociones, violencia, experiencias, ideologías y cultura. Todos estos elementos indistintamente hacen de la me-

¹ Con el reinicio de la actividad guerrillera en las selvas del norte guatemalteco a comienzos de la década de los setenta se inicia un segundo ciclo de lucha armada que fue precedido por la guerrilla oriental de los comandantes insurrectos Luis Turcios Lima y Marco Antonio Yon Sosa en la década pasada.

moria una fuente rica para explorar el pasado, comprenderlo y, principalmente, no olvidarlo.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y CAUSAS DEL CONFLICTO ARMADO

El siglo xx es inaugurado por una intervención más acentuada de Estados Unidos en América Latina. Animado por el desplazamiento de sus rivales europeos, Estados Unidos unió sus esfuerzos político-económicos y militares para asegurar su dominio en el hemisferio. La separación de Panamá de Colombia (1901) promovida por los intereses económicos norteamericanos —con motivaciones claramente geopolíticas— y la intervención en el conflicto hispano-cubano en 1898 determinaron la correlación de fuerzas en la región, así como la intensificación de la injerencia norteamericana. El desplazamiento hegemónico de Inglaterra por la potencia emergente que comenzaba a actuar con mayor determinación en América Latina generó una relación más estrecha y subordinada de los países latinoamericanos con respecto al coloso del Norte.

Los intereses extranjeros en la región se impusieron de tal forma que abarcaron áreas desde lo estrictamente político-militar hasta lo económico y cultural. Pero la punta de lanza del capitalismo norteamericano fue la gran inversión de capital que penetró las débiles estructuras económicas de los Estados latinoamericanos, lo que ahondó la dominación en toda la región. La inserción de las compañías norteamericanas en áreas estratégicas para el desarrollo de los pueblos (ferrocarriles, electricidad, puertos marítimos, agroindustria), acrecentó su predominio económico en el continente además de ser utilizada políticamente para justificar las pretensiones intervencionistas de Estados Unidos y la salvaguarda de sus intereses en la región.

Los conflictos aludidos anteriormente —la separación de Panamá y la problemática hispano-cubana— forman parte de la política exterior que Estados Unidos impuso en detrimento de las soberanías de los Estados latinoamericanos: con ello se profundizó la Doctrina Monroe y, años más tarde, la implantación de la política del buen vecino del presidente Roosevelt, lo que fue sentando las bases para la Doctrina de Seguridad Nacional que, por el resto del siglo, marcó la intervención del país.

En Centroamérica las inversiones norteamericanas tuvieron la clara orientación de reproducir el esquema de explotación de las principales materias primas que se producen en la región. El café, el tabaco, el plátano y el azúcar fueron los productos destinados a la exportación. El desarrollo capitalista en Centroamérica estuvo aparejado de las grandes concentraciones de tierra en manos de unos pocos terratenientes prohijados por el apoyo de las compañías extranjeras, así como de la consolidación de la United Fruit Company (UFCO) —principalmente en Guatemala— que para inicios del siglo XX ya se ostentaba como la mayor productora de plátano a nivel internacional.

El despojo de tierra a las comunidades campesinas e indígenas y la proliferación de los grandes latifundios se dieron como condición socioeconómica necesaria para la implantación del capitalismo dependiente en la región y en la conformación de las economías llamadas de enclave, abocadas a producir exclusivamente las exigencias del mercado internacional. El mundo rural centroamericano se vio atravesado en todos sus ámbitos por la política expansionista de los Estados Unidos que doblegaba las independencias políticas mediante empréstitos que luego se volvían impagables y con sanciones económicas cuando así convino a sus intereses. Dicho esquema se reprodujo de forma similar en toda Centroamérica, y para mediados de siglo la región se caracterizaba por una tensión sociopolítica que desembocó en

muy tempranas insurrecciones populares y en un fuerte rechazo a las dictaduras.²

El caso guatemalteco ilustra esta situación: Guatemala era dominada en todos sus órdenes sociales por dictaduras personalistas condescendientes con los intereses de los Estados Unidos. Los nombres de Manuel Estrada y Jorge Ubico se volvieron referencia antidemocrática y sinónimo de una cruel política represiva que descansaba en los poderes unipersonales.

La Revolución de Octubre de 1944 en Guatemala fue una clara respuesta al poder oligárquico que se había consolidado desde principios de siglo. La dictadura de Jorge Ubico (1931-1944) había mermado a la sociedad con el autoritarismo exacerbado apoyado por los norteamericanos con la UFCO a la cabeza. Ese mismo año marcó en la historia guatemalteca un intento de democratización y el cumplimiento a las principales demandas sociales que veían principalmente en la United Fruit el oprobioso régimen de exclusión de la propiedad agrícola de las masas campesinas. Para alcanzar el propósito democratizador, los guatemaltecos que en 1944 clamaban un cambio en la vida política del país, protestaron de forma masiva y organizada y llevaron al poder, mediante las primeras elecciones limpias, al gobierno de Juan José Arévalo, primero y, después, al de Jacobo Arbenz Guzmán. Ello dio inicio a un periodo nuevo de reforma y justicia social que alcanzó a trabajadores, estudiantes, profesionales, campesinos e indígenas. Este proceso tendría una continuidad hasta 1954, año

² Por ejemplo, la dictadura del general Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador, que en 1932 perpetró una de las masacres anticomunistas más atroces de la historia de este país. Para este caso se puede estudiar el testimonio de Miguel Mármol, recabado por el poeta y revolucionario Roque Dalton. Véase Roque Dalton, *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, Bogotá, Ocean Sur, 2007. También está el caso del dictador nicaragüense Anastasio Somoza García y su hijo Anastasio Somoza Debayle, quienes impusieron un poder “dinástico” de 1937 a 1979 en el país centroamericano.

del derrocamiento del presidente Jacobo Arbenz, por obra del militar golpista exiliado Carlos Castillo Armas tutelado por el gobierno norteamericano del presidente Dwight Eisenhower y la Central Intelligence Agency (CIA), que vieron amenazados los intereses y propiedades de la UFCO —debido a la reforma agraria que propició el Decreto 900—³ y por lo tanto de los Estados Unidos mismos. El golpe militar revirtió el proceso democrático de los años previos y dio comienzo a un renovado despojo en contra del pueblo trabajador. Las tierras fueron restituidas a los grandes terratenientes y la UFCO recuperó el monopolio de la producción bananera del país.

Con el fin de los gobiernos reformistas del periodo revolucionario, se inauguró en Guatemala el escenario violento que dominó gran parte de la segunda mitad del siglo. Muy pronto van apareciendo los primeros brotes de protesta civil frente al gradual desmantelamiento de los derechos y conquistas logrados y a

³ El Decreto-900 de 1952 se propuso llevar a cabo una reforma que redujera el poder económico de los grandes terratenientes y que se repartieran todas las tierras no cultivadas en usufructo de las masas campesinas despojadas. Con un total de 220 000 hectáreas, la United Fruit se ostentaba como la mayor propietaria de tierra en Guatemala. Sin embargo, muchas de sus propiedades se encontraban en calidad de ociosas. Fueron éstas las que la reforma agraria expropió al monopolio estadounidense. Sobre la ley de reforma agraria, Elizabeth Fonseca señala: “el gobierno se proponía entregar tierra a los campesinos, extender el crédito agrícola, brindar asistencia técnica, suministrar fertilizantes, semillas y ganado de labranza y devolver a las comunidades las tierras que estuvieran en litigio. De acuerdo con la ley, podían ser objeto de la reforma agraria las tierras que no estuvieran cultivadas, las arrendadas, las fincas nacionales o del Estado y las municipales [...] Para junio de 1954 había emitido más de mil decretos de expropiación, que correspondían a casi 604 mil hectáreas de tierras privadas, más de 280 mil hectáreas de fincas nacionales. El reparto benefició a unas 100 mil familias”. Elizabeth Fonseca, “Guatemala: la revolución en marcha”, en *Centroamérica: su historia*, Costa Rica, UCR, 2013, p. 245.

la recurrente represión social (encarcelamientos, desapariciones y asesinatos políticos contra sindicalistas, estudiantes, profesionistas, religiosos etc.). Con las jornadas de marzo/abril de 1962 como trasfondo de la organización estudiantil, y el surgimiento de los primeros grupos insurgentes al mando de los oficiales insurrectos del ejército Luis Turcios Lima y Marco Antonio Yon Sosa, fundadores de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), se inicia la escalada violenta entre las fuerzas progresistas y grupos paramilitares cobijados por el Estado militar. De aquí en adelante el país se empezó a hundir en un prolongado conflicto armado con dos ciclos de insurgencia armada y la formación de varias organizaciones guerrilleras de distinto signo. El EGP, cuyo campo de acción se concentró en el noroccidente del país principalmente —guerrilla de la cual Mario Payeras formó parte— extendió su práctica política-armada desde inicios de los setenta hasta la firma de los Acuerdos de Paz de 1996, bajo el manto de la agrupación Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG).

Mario Payeras elaboró en este contexto los testimonios *Los días de la selva* y *El trueno en la ciudad* en dos periodos distintos del conflicto. Ambos textos fueron escritos para influir en el curso de la guerra. Se observará una evolución en el pensamiento político de este intelectual revolucionario que define los rasgos característicos, revolucionarios e intelectuales, que dotan de mayor consistencia a su escritura y su posicionamiento político. La impronta testimonial de Payeras resulta clave para construir una memoria crítica de esta prolongada y violenta convulsión guatemalteca.

RELACIÓN ENTRE ACONTECIMIENTO E IMPRONTA TESTIMONIAL

La representación de la realidad humana a través de lenguajes que simbolizan los eventos trascendentales es una preocupación

recurrente en el ser humano. A lo largo de la historia, éste ha buscado articular la historia total de la humanidad registrándola de diferentes maneras. La vida polifacética y las experiencias ricas en contenido histórico propiciado por el movimiento de las sociedades y sus transformaciones en el tiempo y espacio han sido motivo de infinidad de registros: su tratamiento es tan disímil que adopta formas distintas de comprender y convivir con nuestro pasado.

“Toda expresión cultural es, por definición, testimonial” dice Ambrosio Fornet.⁴ Efectivamente, en toda expresión de la cultura humana —arquitectónica, productiva, epistemológica, musical, artística, literaria, antropológica, científica, tecnológica, etc.— observamos algo propio y muy particular de épocas humanas que portan consigo una carga histórica que dota de sentido existencial al ser humano; su desarrollo —su “evolución” en la historia— es en sí mismo un testimonio del avance de la humanidad y sus irrepetibles acontecimientos. Monumentos históricos, mitos, leyendas, conductas, conocimientos, instrumentos, guardan una relación testimonial directa con momentos específicos de la cultura, por ello es posible pensarlos como documentos y registros. Son una impronta a la que recurrimos en aras de analizar, repensar y discutir las formas de vida y concepciones, tanto de nuestro pasado remoto y difuso como de nuestro más reciente acontecer.

Si nos atuviéramos a las prédicas del positivismo en cuanto a lo histórico, donde el valor único radica exclusivamente en el *documento escrito*, la historia carecería de *sustancia*, sería una historia hueca, incompleta y desprovista del espíritu humano que anima a las sociedades a transformarse. Un documento —legajos

⁴ Ambrosio Fornet, “El testimonio hispanoamericano: orígenes y transfiguración de un género”, en *El otro y sus signos*, Santiago de Cuba, Oriente, 2008, p. 11.

oficiales, actas judiciales, libros de erudición, panfletos, arengas políticas registradas y textualizadas, declaraciones presidenciales, reportes económicos, notas periodísticas, obras filosóficas de gran maestría y un largo etcétera— representa únicamente uno de los tantos factores que contribuyen a la reconstrucción histórica de los sucesos más relevantes que marcan la vida, en sus múltiples facetas, de una sociedad, una nación, una clase social, un pueblo.

Sin embargo, el acto de documentar las actividades y las luchas del ser humano, al estilo de lo que Leopoldo Von Ranke proponía, no basta para poder representar, en una dimensión más justa, las motivaciones que animan al ser humano a modificar su escenario social, político, económico y cultural. Si bien el documento es una manifestación material necesaria para dejar constancia de un hecho irrefutable, está sujeto a la parcialidad de los actores sociales que hacen (y escriben) historia, y por lo tanto supeditado a intereses muy específicos que nutren, en el terreno de lo ideológico, a la historia misma entendida como una praxis humana.

El acontecimiento, el que marca al ser humano, el que lo motiva a hacer historia y trascender —consciente o inconscientemente— es a su vez una rica fuente creadora de huellas que por doquier podemos encontrar. El acontecimiento “aguarda” la acción del ser humano sobre él y, a la inversa, el ser humano ansía de igual forma modelar, incidir, repercutir en él, de modo que un estado de cosas se modifique y las formas de relacionarse con el mundo y los otros se vea afectada, trastocada. En el fondo de la cuestión se halla un interés que adopta una variedad de formas que puede ir desde el actuar político militar hasta lo estrictamente poético-literario.

Las huellas que un acontecimiento deja tras de sí pueden ser tan vastas como actores se vean involucrados en su desarrollo, sin embargo hay un tipo de huellas que intencionalmente son



creadas en su momento más vital y que adquieren el rasgo específico de una forma testimonial, es decir, directa, viva, mientras el acontecimiento se prolongue en la historia, mientras el curso de los hechos toma cuerpo y se incrusta en una psique social que determina su conclusión y expansión en el tiempo y el espacio. El acontecimiento es sometido a juicio de quienes en su momento llevan a cabo el desarrollo de los hechos y forman parte de los mismos. Es aquí donde el testimonio opera de manera directa y se constituye como huella.

El testimonio es eficaz en cuanto su objetivo es trabajar con la memoria, el proceso creador de la impronta arranca junto con la idea de vincular los hechos con la acción presente —lo que tomará forma posteriormente como memoria y recuerdo— y el interés por conducir a uno u otro fin el hecho que pasará a formar parte del imaginario social y del repertorio cultural histórico.

Si hay un proceso de creación de la huella se presupone, por ende, la existencia de un creador, de un sujeto que desea exhibir la realidad en sus dimensiones y marcos ideológicos propios. De manera que las huellas no surgen por generación espontánea ni están exentas de elementos propios de la subjetividad, de formaciones culturales y políticas de quien se asume como creador y se propone abiertamente tratar a un acontecimiento con su especificidad e intencionalidad particulares. Este creador de huellas resulta vital para el acontecimiento, pues su relación orgánica con los hechos dota de mayor sustancia y contenido al testimonio, lo que hace de este sujeto un factor central para la creación documental. Al formar parte de los acontecimientos, el creador de huellas hace posible el acercamiento directo a lo que le da forma a los hechos que se desenvuelven en su particular actualidad y constitución, ofreciendo una perspectiva cultural propia en la que se traslucen los principales factores ideológicos que animan al ser humano a ser parte de su historia.

Suponer la existencia de una pulcritud o pureza en la huella no es más que omitir y desplazar de su naturaleza los elementos constitutivos de todo hecho histórico llevado a cabo por seres humanos. La historia no se hace a sí misma: son hombres y mujeres quienes deciden el rumbo de los acontecimientos y cuyas aspiraciones se hallan en constante interacción con fuertes elementos emocionales. Seres políticos, cuya ideología determina el curso de la sociedad, la cultura, la ciencia, la política; hombres y mujeres con interés en fijar puntos inflexivos en el acontecer humano y que le imprimen a sus propias huellas el rasgo cultural específico de la época. El testimonio opera como una realidad en cuanto huella, en cuanto se establece una relación directa del creador con lo que acontece; asumiendo el hecho y llevando a cabo contribuciones culturales cuya importancia radica en la posible efectividad con la que podría influir en un conjunto social y en el aporte de elementos para comprender y conocer más de cerca una realidad susceptible de ser transformada.

Esta argumentación inicial tiene el propósito de señalar que la obra del guatemalteco Mario Payeras, especialmente sus dos textos testimoniales, está permeada por el pensamiento y la praxis del autor con respecto a su realidad histórica. La forma de abordar la realidad guatemalteca está influida por la constante relación *literatura-escritura-ideología* que tiene una connotación estrictamente política y que se asocia al sentimiento de compromiso y correspondencia con la realidad sociohistórica. Ninguna literatura puede “escaparse” y refugiarse en el “arte puro” y desinteresado. Ninguna obra es inocente por sí misma. Hay razones de vida que hacen de la creación literaria el motivo para comunicar e intentar persuadir.

En el espacio de las sociedades y la historia hay una carga cultural muy fuerte y está comprendida en valores, ideas, intereses, filosofías, gustos, políticas, sentimientos, canonizaciones, ideologías y responsabilidades. Todo ello es campo fértil para la

acción humana a través del pensamiento y la escritura. Se escribe y hace literatura por amor, por odio, por una idea; nunca se hace literatura aislada, pura, desligada de su contexto humano. Lo contrario sería una ingenuidad; siempre se escribe, se lee, se canta, se cuenta, se actúa por una razón. Por lo general, se encuentra el deseo o la razón de entrar en conflicto con la realidad al problematizarla de una u otra forma. La subjetividad existente en los individuos siempre hallará la forma de exteriorizarse y darse a conocer al mundo, a la sociedad. Refiriéndose a la literatura como una *fuerza educadora, formativa y transformadora* de la palabra y las imágenes, Manuel Cofiño señala que el artista que evade su responsabilidad con la sociedad y se mantiene al margen de los acontecimientos históricos termina por desvitalizar su propia creación. Lo humano desarraigado condena al artista a reducir su propio universo y a constreñir la cultura a un vacío estéril que tiene por destino el autoexilio de la vida y la historia.⁵

En este sentido, Mario Payeras actúa de acuerdo a su convicción como revolucionario y debe su obra a su país y a su pueblo. La guerra en Guatemala concitó su actuación en todos los frentes de batalla, desde el armado hasta el poético. La necesidad no sólo de pelear, fusil en mano, sino también de conformar culturalmente un repertorio de la vida y las relaciones sociales en el momento de la guerra, hacen de Payeras una figura, si no única, sí bien definida para la creación política y artística en el proceso de confrontación armada y de extrema violencia. La guerra revolucionaria en Guatemala, la política y las armas representan el lado de la moneda actuante del guerrillero; la palabra, el poema, la educación, el testimonio y la persuasión son el área por excelencia del artista, del creador.

⁵ Manuel Cofiño, "Acontecimiento y literatura", en *Casa de las Américas*, La Habana, vol. 13, núm. 75, noviembre-diciembre de 1972, p. 103.

A través del testimonio, Mario Payeras puso en práctica una política de escritura y de discusión en el seno del movimiento armado. Payeras apostó por la idea de contribuir a crear el espacio propicio para el empuje de la cultura que fortaleciera los lazos sociales existentes en un escenario de guerra. La revolución social, al llegar al momento del empleo de la violencia de masas, no presupone la desintegración de una cultura general; pelea, también, para fomentar el flujo natural de las ideas humanas, de la educación, de la creación de la imagen propia. En el fondo, se lucha por fortalecer y preservar una cultura que el enemigo desea desaparecer o al menos trastocar y transformar. En ese sentido, Payeras actúa también como combatiente de la cultura. La idea contundente de influir y educar —mediante el empleo de la palabra y el diálogo como fuerza educadora y formativa antes descrita— con los testimonios directos representa uno de los aspectos más valiosos de este militante. La cultura que se mantiene viva mediante la escritura y la palabra es el principal sostén del espíritu moral de todo ser humano que se halla en una situación de guerra. Si bien las armas constituyen el elemento material y de acción con que se desarrolla una guerra y resultan una variable indispensable cuando así lo ha determinado un movimiento de masas,⁶ ideológicamente, el impacto social y educador de la cultura revolucionaria, que ha de producirse en el seno de una guerra, puede ser más eficaz. La formación de una nueva cultura es también uno de los objetivos centrales de una revolución social.

⁶ Es preciso aludir que éste no fue el caso guatemalteco. Si bien se abrió un periodo de auge revolucionario, la historia guatemalteca demuestra que la revolución armada de la que se hablaba con tanto ahínco no fue producto o resultado de un movimiento de masas, sino del impulso de una determinada posición política. Más adelante se abordará esta cuestión.

LOS DÍAS DE LA SELVA. LA POÉTICA GUERRILLERA
Y EL FOQUISMO ACRÍTICO

El testimonio de *Los días de la selva* de Mario Payeras se puede analizar en tres aspectos fundamentales. El primero se relaciona con lo estrictamente literario que se encarga de narrar el mundo natural en el que se mueve el núcleo guerrillero. Aquí el ideario revolucionario propio de la época⁷ retrata el espacio geográfico como un ente supremo al que se le debe respeto y paciencia para poder extraerle conocimientos. Dicho aspecto recorre en todo momento este testimonio elocuente de lo natural-guatemalteco. El lenguaje que utiliza el autor configura la naturaleza y sirve de medio para expresar, a su modo, lo que ésta provee al ser humano y cómo puede valerse de los recursos existentes para el desarrollo de la guerrilla. Su expresión estética, así como la calidad literaria de la que goza el texto, son componentes fundamentales que nos ayudan a entender el medio físico como el lugar donde se habrían de materializar las concepciones de aquellos revolucionarios. A continuación un breve botón de muestra para ilustrar un poco mejor este aspecto:

Entonces descubrimos que el tiempo se rige en la selva por horarios de ruido. Cuando ascendían el sol y cesaba el bullicio de las primeras horas, en la mañana sólo quedaba el lamento de la espu-

⁷ Este ideario se caracterizó por un amplio respaldo a la recién victoriosa Revolución cubana. La influencia de la gesta cubana en el continente fue de tal envergadura que muchos países latinoamericanos emprendieron como forma de lucha para la transformación social la vía armada que en Cuba había tenido éxito. Las generaciones políticas de los sesenta y décadas posteriores cimentaron sus formulaciones revolucionarias en un ideario que pregonaba la realización de la revolución social mediante la guerra revolucionaria y el establecimiento de una vanguardia armada que dirigiera las energías sociales hacia el propósito mencionado, y así acelerar el camino al socialismo.

muy. En algunas zonas el rugido de los saraguates o los clarines de las pavas en su trayectoria marcaban la línea del horizonte [...]. Al atardecer tenía lugar el escándalo final de loros y guacamayos, hora de acarrear leña, encender fuego y colgar hamacas. Comenzaban las horas en que las especies del aire hacen silencio y principian los ruidos de los mamíferos nocturnos. La noche húmeda del trópico se llenaba de chillidos de pizotes, de toses de micoleones y de autocríticas de militantes. Cerca de los ríos, hasta el amanecer, la medida del tiempo dependía del canto intermitente del caballero o atajacaminos. [...] Principiaban interminables meses de marchas y contramarchas que nos enseñaron a esperar y a adquirir, entre tanto, la sabiduría de la selva. Aprendimos a destazar animales y a extraer de aquel reino vegetal los raros recursos de sobrevivencia que ofrece: nueces de corzo, palmitos, zapotes, zunzas. Aprendimos a orientarnos, a distinguir los mil ruidos del bosque y nos iniciamos en la ciencia de calcular la edad de los retoños, la antigüedad de las huellas, la profundidad de los vados y el azimut de los rumbos...⁸

Este énfasis estético-literario le valió una aceptación en el medio intelectual latinoamericano. En 1980 obtuvo el premio Casa de las Américas en el género de testimonio. *Los días de la selva* se convirtió en el modelo del testimonio guerrillero en Guatemala. Es importante mencionar que la elaboración de dicho texto ocurrió en un momento crítico de la guerra en Guatemala, cuando la mayoría de los derechos humanos fundamentales se encontraban anulados por la guerra contrainsurgente y la política represiva que el Estado militar implementaba en todo el país. Esto hizo que el testimonio de Payeras se mostrara como uno de los pocos textos que narraba, en la especificidad del momento histórico, el acontecer armado de una organización —el EGP— y sus avatares en la historia política contemporánea del país. No obstante su cua-

⁸ Mario Payeras, *Los días de la selva*, Guatemala, Piedra Santa, 2010, pp. 30 y 65.

lidad “parcelaria”, el autor logra enfocar, primero en la selva y posteriormente en la ciudad, el estado actual de un país volcado en una guerra enfrascada en la disputa militar.

El segundo aspecto se refiere a la cuestión social. Desde la extracción social de los 15 militantes hasta la comunicación y vinculación con los pueblos. Aquí el testimonio plasma la concepción y la praxis que desarrollaron los guerrilleros con los pobladores, lo que implicaba la puesta en práctica del proyecto o la etapa de acumulación de fuerzas para darle constitución y forma a lo que se denominaba *la base social de apoyo*. Todo ello en aras de garantizar las condiciones mínimas de sobrevivencia en las selvas guatemaltecas. En *Los días de la selva* encontramos una significación social y humana de los actos y objetos narrados por Mario Payeras. Esto es resultado de una praxis que encuentra su objeto en el mundo que le rodea y en las motivaciones de una conciencia política que le confiere al entorno una susceptibilidad de ser transformado en cuanto es parte de aquello que los revolucionarios desean que constituya una nueva forma de relacionarse socialmente. Payeras se introyecta en la estructura íntima de la naturaleza, así como en las relaciones sociales del grupo guerrillero con las comunidades. La narración es el vehículo con el cual transforma las cosas, trasciende la cotidianidad y el medio cobra una nueva forma, un sentido distinto de la vida mediante un proceso de resignificación del mismo. Es decir, la guerrilla y sus integrantes buscan autoproducirse y afirmarse como nuevos sujetos históricos dentro de un nuevo marco de relaciones sociales. Para ello, el dirigente guerrillero recurre a formas de expresión que van desde la cotidiana simplicidad de los días en la selva hasta la poética que inspira el discurrir de las estaciones naturales y las transformaciones en el tiempo y espacio de la geografía guatemalteca.

La narración testimonial remite a una dinámica renovadora distinta a la experiencia guerrillera de los sesenta, distinta en

tanto que las formas de implantación con la población fueron cualitativamente nuevas. La recién creada Nueva Organización Revolucionaria de Combate (NORC), el preludio del EGP, acometió la tarea de iniciar una producción social —de acuerdo a las concepciones y criterios propios del proyecto que representaron— con las comunidades con que tuvieron contacto en las selvas del Ixcán. En las palabras del dirigente guerrillero se encuentra la realización de dicho propósito:

Más tarde, con los mejores formamos una colectividad que producía en común y repartía los productos en base a horas trabajadas y con arreglo a las necesidades sociales. Una parte lo reservaban para la guerrilla. La mayoría de sus integrantes renunció a la propiedad privada sobre la tierra e hizo de la guerra de los pobres la razón de su vida. Era un experimento de comunismo rudimentario que habría de durar hasta la primera ofensiva enemiga, pero que sentó las bases de una nueva forma de conciencia social entre los primeros moradores de la selva.⁹

Esta praxis de la guerrilla de los setenta estuvo orientada a la recreación de las relaciones sociales con los guatemaltecos pobres, esencialmente indígenas-campesinos. La reconfiguración de las relaciones que intentó implementar la guerrilla se basó en el involucramiento total de los miembros del grupo armado en los quehaceres diarios para la sobrevivencia de las poblaciones en la inmensidad del *océano verde*, como llama Payeras a la vastedad insólita de una selva poco poblada. La praxis que implementaron los guerrilleros en los setenta forma parte de la táctica inicial de lo que fuera el EGP. La implantación guerrillera para esta década conllevó una planeación más paciente y dedicada a la construcción de bases sociales campesinas. El EGP trazó su práctica revolucionaria partiendo de que para alcanzar sus objetivos,

⁹ *Ibid.*, pp. 74 y 75.

resultaba necesario crear las condiciones sociales y materiales que le permitieran enfrentar nuevas necesidades y situaciones.

El trabajo de militancia intelectual desarrollado por Mario Payeras denota, además, una extraordinaria riqueza documental e histórica que permite la observación y análisis del periodo que va de 1972 a 1979 en las selvas y montañas del norte guatemalteco. Esta experiencia en las selvas del Ixcán se compenetra con la profunda aspiración de ver transformadas las condiciones de vida del pueblo pobre de Guatemala. Su palabra testimonial hereda una visión que se enfoca en hechos concretos del conflicto armado y encarna la concepción de un militante comprometido con la causa de la revolución. El testimonio, además de mostrar una perspectiva libre de prejuicios, es relatado desde la experiencia misma de Payeras como actor y combatiente de un proceso que llevaba ya varios años de articulación y conformación y que alcanzó su clímax en la década de los ochenta del siglo xx.

Los días de la selva comienzan un 19 de enero de 1972. Esta fecha es importante porque marca el inicio de la continuidad del primer ciclo de insurgencia que tuvo como actores centrales a las Fuerzas Armadas Rebeldes y los liderazgos de los oficiales insurrectos Luis Augusto Turcios Lima y Marco Antonio Yon Sosa en la década anterior. Esta continuidad representa únicamente una de las caras de la insurgencia guatemalteca, es así mismo el reflejo histórico de una posición política que optó por el recurso de las armas cuando las circunstancias políticas dejaron un escaso margen para la actividad política legal y abierta. El testimonio de *Los días de la selva*, si bien fue concluido a inicios de 1979, es una conjunción de los hechos más relevantes que marcaron el periodo señalado, donde podemos identificar dos fases principales: la primera abarca los primeros tres años de implantación (1972-1975), en los que el núcleo guerrillero Edgar Ibarra —del que formó parte Payeras— se enfocó en la construcción de la base material e ideológica mínima que garantizara la sobrevi-

vencia, tanto física como política. La variedad de elementos y experiencias que conformaron esta etapa de implantación dan muestra de una materialización de las ideas centrales que Ernesto Guevara plasmó en *La guerra de guerrillas* como orientación general de lucha para el continente. El foquismo, como práctica revolucionaria para la guerra, fue la idea inicial con que el primer núcleo del Ejército Guerrillero de los Pobres se desarrolló, tal como se evidencia reiteradamente en este testimonio.

Payeras tenía una apremiante necesidad de registrar los hechos más relevantes por los que atravesó la guerrilla durante los primeros años preparativos y de consolidación de las bases sociales, necesarias para su pleno desarrollo militar y político. La sobrevivencia mediante el avituallamiento se planteó como necesidad social fundamental para hacerle frente a los primeros adversarios: la misma naturaleza y las inclemencias del tiempo. Es interesante la doble caracterización que se hace de la naturaleza, pues no sólo se le concibió como un adversario más, sino como un potencial aliado que fungiría como el natural asiento del proceso revolucionario por el que pugnaba el EGP, y que se tradujo en la concepción de una nueva imagen fundadora de lo social-revolucionario-guatemalteco. Así lo plasma el testimonio cuando se alude al altiplano central, fundamentalmente a la faja montañosa del noroccidente, cuyas inmensas serranías y escenario de una amplia existencia de pueblos indios —el altiplano densamente poblado— sería el fuerte macizo sobre el que se habría de fortalecer la lucha armada, “convirtiendo la totalidad del territorio guerrillero en un bastión inexpugnable”.¹⁰ Sólo bajo ciertas condiciones materiales pudo superarse esta primera fase. La misma geografía exigía las más profundas convicciones para preservarse moralmente íntegros y resistir las durísimas

¹⁰ *Ibid.*, p. 113.



condiciones de vida en la selva y las frías latitudes montañosas. El establecimiento de las mínimas condiciones de sobrevivencia, como el asentamiento de los campamentos en zonas seguras, la obtención de alimentos y cosechas de parte de las comunidades donde sentaron relación, la cobertura en chozas, la construcción de molinos para maíz, los recursos monetarios con que se contaba etc., hizo posible la consolidación de los primeros focos guerrilleros que se avocaron a la creación de las condiciones sociales y materiales para el desarrollo efectivo de la guerra.

Las tareas de los guerrilleros estuvieron dirigidas a preparar ideológicamente a los primeros pobladores con los que la guerrilla hizo contacto. La guerra de guerrillas no está centrada sólo en la capacidad militar de respuesta frente al régimen opresivo, también requiere del desarrollo político y el trabajo colectivo en la tarea de concientización y convencimiento de los habitantes que en el futuro serán el principal sostén de la guerrilla. En esta fase inicial, la educación fue una cualidad del grupo del que Payeras formó parte. Para él, la guerrilla no sólo debe emplear a los moradores de las villas y caseríos para la consolidación de sus objetivos, también deberá fundirse con la masa y combatir el régimen de ignorancia y atraso en el que ha sido sumido el pueblo y que aletarga el proceso de liberación del mismo en los terrenos culturales e ideológicos. El autor da cuenta de esto al relatarnos el proceso educativo en el cual tuvieron que dar batalla; librar de la ignorancia a los más posibles mediante la alfabetización y la enseñanza. Hay toda una pedagogía de la guerrilla interesada en sacar del atraso educativo al pueblo por el que se lucha. *Los días de la selva* son la encarnación del proyecto revolucionario que planteaba el EGP en las zonas más pobres de Guatemala. La esencia fundamentalmente rural del país remite a la necesaria participación de las masas indígenas-campesinas en el proceso revolucionario, por ser la base sobre la cual se sostiene el desarrollo del capitalismo dependiente en Guatemala. Por ello

el autor insiste en la comunicación y vinculación con las masas indígenas; son éstas quienes habrían de llevar a la consecución final los objetivos de la guerra revolucionaria.

Desde el comienzo, la actividad guerrillera en la zona del Ixcán estuvo orientada a fortalecer el contacto con los pueblos de la región, de manera que los vínculos entre guerrilla y pueblo indígena formaran uno solo y que ambos sectores se volvieran indisociables bajo las condiciones que imponía la dinámica de la guerra en la selva. Esto es lo que Payeras anota constantemente: no se puede actuar al margen de las masas populares y esperar a que el respaldo se genere por sí solo. El acercamiento es indispensable para la victoria. Más adelante veremos cómo —en *El trueno en la ciudad* y en general en la práctica política de esta guerrilla— esta premisa no tuvo el desarrollo que inicialmente se planteó.

Según Payeras, en la selva los hechos sociales y la vida misma, rodeada de naturaleza abundante, se perciben de forma más lenta. El tiempo transcurrido y la experiencias vertidas en el testimonio serán de aproximadamente una década y sin embargo el título del texto se reseña como el discurrir de días. Por supuesto que esto alude a la narración de los días y acontecimientos claves que le fueron dando consistencia y determinación a esta experiencia. Para Payeras, la relatividad del tiempo en la selva es hondamente ambigua. Desde la lupa histórica de *Los días de la selva*, este proceso se reflejó como un primer periodo de constitución de la lucha armada que, bajo las singularidades del país, se proyectaba como un proceso de largo alcance. Estos días tuvieron como propósito la formación de la coyuntura necesaria para una fase superior de una guerra popular prolongada que se propusieron los grupos guerrilleros como programa político-militar. En algunos momentos el enemigo articula ofensivas que colocan a la guerrilla en situaciones complejas de supervivencia y en otros momentos la pasividad del campo, los días y la

nocturnidad de la selva, se apoderan de la vida de los combatientes, dejando un espacio de plena libertad para continuar construyendo y fortaleciendo los fraternos lazos de comunicación entre las comunidades y los revolucionarios. El plano temporal correrá bajo la propia dinámica de la vida campestre con todas sus dificultades materiales. La guerrilla tuvo que adecuarse al modo de vida en la selva bajo la propia lógica que impone la geografía y las condiciones sociales específicas.

El tercer aspecto de estudio que este ensayo propone es el político, y coincide con la segunda fase de la lucha guerrillera que puede ubicarse como la del despliegue de la propaganda armada y el inicio formal de las hostilidades. Con un solo combate registrado durante la temprana implantación de la guerrilla en el Ixcán, dicha etapa se inaugura con el ajusticiamiento del terrateniente Luis Arenas Barrera a inicios de 1975. Notable entre los grandes latifundistas por su ferocidad con los trabajadores indígenas agrícolas y sus formas coloniales de explotación, el *Tigre de Ixcán*, como era conocido entre la población, representaba el vivo testimonio de la violenta historia del trabajo forzado en Guatemala que no se alejaba mucho de las prácticas esclavistas. Sus métodos represivos para obligar al campesino a trabajar en sus haciendas eran el símbolo vivo de la opresión social tolerada y auspiciada por el régimen militar que combatía el EGP y demás organizaciones guerrilleras. Este oscuro personaje personificaba la historia nacional¹¹ del abuso explotador contra el pueblo pobre de Guatemala; era la cultura viviente de la doble condición del indio guatemalteco como sujeto explotado económicamente y oprimido culturalmente por una tradición del poder oligárquico que descansa en la violencia, el abuso, la impunidad y el mal-

¹¹ Extraemos la idea de la personificación de la historia nacional del texto de Sergio Tischler, *Imagen y dialéctica. Mario Payeras y los interiores de una constelación revolucionaria*, Guatemala, F&G Editores, 2009.

trato social. La personificación de la historia nacional en Luis Arenas es narrada de esta manera:

La finca San Luis Ixcán, de su propiedad, había sido hecha a la mala, utilizando el trabajo forzado de los indígenas de la tierra fría. Contingentes enteros de mozos eran enganchados con promesas y pretextos, y se les llevaba a desmontar una selva donde todavía no existían caminos. Muchos fueron llevados en helicópteros militares, y durante meses quedaron librados a su suerte en medio de la jungla. Algunos trataron de fugarse de las monterías, atravesando durante semanas, sin armas ni alimentos, la extensión de bosque virgen, pero la mayoría sucumbió en el intento. En su finca La Perla, la cantidad de mozos que desquitaban deudas hereditarias formaba buena parte de la fuerza de trabajo. Solía dar adelantos sobre las pequeñas cosechas de café de los indios, y luego se cobraba en especie, a precios de horca y cuchillo. A lomo de mula sacaba entonces los cargamentos del grano hasta las poblaciones grandes, en recuas que solían ir precedidas por esbirros a caballo, los que a punta de pistola y a golpe de látigo apartaban del camino a los transeúntes. El nombre de este señor feudal estaba vinculado a toda suerte de despojos y arbitrariedades. En alguna de sus fincas utilizaba cepos para castigar a los indios rebeldes.¹²

En el pasaje anterior queda debidamente señalado el actuar político de esta organización armada. Para el EGP, Luis Arenas era el símbolo del poder y la explotación y había que combatirlo hasta sus últimas consecuencias. El ajusticiamiento de este terrateniente marca un punto de inflexión importante en la historia del conflicto armado. Si bien la muerte del terrateniente fue percibida por los peones agrícolas como un acto de justicia social frente a las condiciones deplorables, el ajusticiamiento en sí denota una acción justiciera que es “impuesta” y no es producto de

¹² Payeras, *Los días de la selva...*, pp. 125 y 126.

ningún tipo de organización campesina o de un proceso de toma de conciencia de la masa trabajadora. Esta acción pionera del EGP muestra el carácter de su futura actuación. Hablamos de medidas adoptadas que no contribuyen a politizar a la masa campesina sino a exacerbar el fuerte componente emocional del campesino, súper explotado, que arde de impotencia y coraje ante el trato que se le da en la hacienda; se pensó que eso fructificaría en la incorporación consciente del contingente campesino-indígena. No obstante el elevado nivel de simpatía del que gozó la guerrilla en la selva, la incorporación de los indígenas y ladinos pobres al esfuerzo de la guerra de guerrillas se dio por la fuerza de las circunstancias, más que por un enrolamiento consciente del fenómeno revolucionario.¹³

Este testimonio comprende una variedad de elementos y experiencias registradas que contienen toda una gama de concepciones y reflexiones referentes a la guerra de guerrillas en las selvas guatemaltecas. Para Mario Payeras, plantear las cuestio-

¹³ Con base en entrevistas realizadas en distintas localidades guatemaltecas, el investigador Roddy Brett documenta que, además de las simpatías que despertó la guerrilla en ciertas poblaciones, existió una forma de incorporación motivada por temor a las represalias que los grupos armados pudieran haber cometido al no recibir la colaboración esperada. A este respecto dice: "Entonces, en muchas de las aldeas de la región, por ejemplo Pueblo Nuevo, los primeros contactos con la guerrilla se dieron de forma obligatoria, por lo menos hasta 1978 y 1979. Poco a poco tal dinámica fue cambiando, hasta que la violencia del Ejército, incluyendo las ejecuciones extrajudiciales, tortura y las masacres, significaban que una ola creciente y amplia de residentes del Ixcán, entre otras regiones, fueron colaborando con la guerrilla. En otras palabras, a pesar del discurso guerrillero, que buscó reclutar a la población civil apelando a sus necesidades básicas (que tuvo sus propios logros), fue principalmente la violencia arbitraria, y luego sistemática de la institución militar la que reclutó a la población civil dentro de las líneas del EGP". Roddy Brett, *Una guerra sin batallas: del odio, la violencia y el miedo en el Ixcán y el Ixil, 1972-1983*, Guatemala, F&G Editores, 2007, p. 41.

nes elementales para sobrellevar la guerra en la selva es indispensable en aras de aportar los elementos ideológicos necesarios para la reproducción de la táctica adoptada hacia el resto de los frentes distribuidos en todo el territorio. Como instrumento de politización y propaganda, las líneas de Payeras fungen como una importante instancia de educación política en el seno guerrillero. Los hechos no son exclusividad para la buena memoria sino que ejercen su influencia directa para el desarrollo inmediato de la guerra revolucionaria. Más allá del aporte técnico que pudiera haber brindado, nos encontramos ante la experiencia de un intelectual y hombre de guerrilla cuyo propósito fue el de dejar registro de las actividades revolucionarias, con la intención de que éstas perduraran a través del tiempo y que las experiencias adquiridas en la selva no se perdieran en la vorágine de la guerra.

El aprendizaje en la selva marcó la prueba de fuego de las fuerzas guerrilleras, los combates, ajusticiamientos y depuraciones propias lograron dotar a la organización de una *supuesta maduración política*, tal como lo expresa el autor. Pese a todas las peripecias, la guerrilla fue capaz de resistir el avance enemigo y al mismo tiempo construir las redes de apoyo por una gran parte del territorio, lo que permitió un éxito relativo en la lucha ideológica, pues tuvo la virtud de poder expandirse hacia los cuatro puntos cardinales de la geografía guatemalteca.

Por necesidades prácticas y políticas de la organización guerrillera, Payeras salió de la selva alrededor de 1979 a proseguir con las labores revolucionarias en la capital del país, lo que dio origen a otro tipo de testimonio y con cualidades diferentes, pero que mantuvo el propósito de echar a andar la discusión política interna por los eventos ocurridos en 1981, durante su militancia con la guerrilla urbana en la ciudad. Además de un importante conjunto de memorias, Payeras transmite enseñanzas. Al igual que *La guerra de guerrillas* de Ernesto Guevara, *Los días de la selva* proyectan aprendizaje político —y también militar— cuyos

finés ideológicos le permitirían a los propios guerrilleros evaluar los esfuerzos logrados en conjunción con la masa indígena, valorar los errores y las faltas que pudieron haber debilitado la organización y el curso político que estaba tomando el enfrentamiento armado.

EL TRUENO EN LA CIUDAD

Para 1980, la ciudad de Guatemala albergaba aproximadamente a un millón de habitantes. La capital funcionó como el centro neurálgico donde se manejaban todas las operaciones políticas y financieras. Centro de la economía del país donde se acumulaba en su conjunto la riqueza y cuya importancia estratégica era apreciada para el movimiento revolucionario como el punto de quiebre del enemigo. Además, la ciudad fue considerada como la retaguardia de las guerrillas de la selva. La importancia política de la capital motivó el despliegue de las fuerzas guerrilleras alrededor del área urbana y suburbana desde la década de los sesenta hasta inicios de los ochenta. Su principal propósito fue mermar poco a poco la organización del Estado mediante operaciones de ajusticiamiento, secuestros y combates con las fuerzas represivas de la metrópoli.

En este contexto, Mario Payeras se incorpora a la dirección de la guerrilla urbana a inicios de la década de los ochenta. *El trueno en la ciudad* es un testimonio cualitativamente distinto a *Los días de la selva*, tanto en su composición como en la serie de hechos registrados en él. El terreno de la guerra ha cambiado en su totalidad, Payeras se encuentra inmerso en un medio extremadamente hostil, con bastantes dificultades para consolidar una organización sólida que actúe plenamente en la clandestinidad. El espacio ha cambiado, el ritmo de vida se sucede con mucha mayor velocidad y dinamismo que la vida en la selva.

Pareciera que la guerrilla urbana se mueve a contrarreloj de una bomba de tiempo. La movilidad es mucho más frecuente y la disciplina impone a los militantes una rigurosidad operativa; de ello dependerá su propia vida así como el buen funcionamiento de la organización en su conjunto y la comunicación entre la ciudad y la selva. Payeras nos deja un registro de hechos donde se le nota mucho más preocupado por la cadencia de eventos y la guerra misma. Los hechos que plasma son de distinto tipo, adecúa de forma menos estética el testimonio. En cierto sentido, ha quedado atrás el escritor “idealista” que componía la prosa “utópica” para aproximar los hechos hacia una lente con mayor consistencia crítica. Aun cuando este testimonio de la acción urbana no se propone ningún tipo de replanteamiento táctico, se observa una preocupación política por el rumbo que iba adquiriendo el conflicto armado.

Si bien la guerrilla contó con una red de simpatizantes al interior de la ciudad, el autor recalca mucho los errores de los guerrilleros. En múltiples ocasiones, la guerrilla actuó al margen del pueblo sin que pudiera palpase un crecimiento del apoyo político en la masa popular de la ciudad. Como consecuencia de los errores tácticos en que incurrió la guerrilla, el cerco militar en la ciudad fue aún más estrecho, lo cual redujo las posibilidades de movilidad y sobrevivencia. Valiéndose de todos los recursos legales y administrativos, el Estado fue ampliando poco a poco su red de inteligencia y en consecuencia las probabilidades de localizar los focos de guerrilla en la ciudad fueron creciendo. Tal fue el caso de la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA) que formalmente era dirigida por el Comandante Rodrigo Asturias, *Gaspar Ilom*, hijo del escritor Miguel Ángel Asturias. Según Payeras, los combates que libraron fueron de resistencia heroica, pero la propia política de aislamiento y desorganización de las guerrillas urbanas fueron minando su estructura interna y sellando el destino de muchos revolucionarios y revolucionarias.



He aquí otra dificultad extra para ejercer la rebelión armada en la ciudad sin base de apoyo. La identificación de los registros de casas alquiladas que cambiaban de un arrendatario a otro, los carnets de identificación falsos, etc., la misma administración de registro relacionado con lo civil fueron la trampa con la cual en varias ocasiones el ejército colocó en jaque a la guerrilla. Para el caso de los núcleos urbanos del EGP que dirigió Payeras, hubo también una experiencia similar que los trastocó. Las debilidades tácticas y operativas del EGP ocasionaron su rápida ubicación en la ciudad, lo que dio como desastroso resultado la ofensiva militar de junio-julio de 1981, prácticamente en un mes fue desarticulada la organización clandestina, lo que representó casi su total desaparición. La experiencia de Payeras en la ciudad forma parte de un inusual llamado de atención de un militante y dirigente que desea externar sus preocupaciones en torno al papel que las organizaciones revolucionarias han desempeñado en el transcurso de la guerra.

En el prólogo del texto, que data de 1984, Payeras narra los motivos por los cuales él y otros más tomaron la decisión de escindirse de la dirección del EGP. La intolerancia política que comenzaba a adueñarse de la organización dejó poco margen de maniobra para que el proyecto revolucionario tomara un cauce distinto. El dogmatismo que cundía al interior del EGP —y en general de todo el movimiento armado— que se expresó en una cerrazón a discutir cualquier alternativa que se alejara de las armas, ocasionó el surgimiento de distintas posiciones políticas a lo interno de la organización que terminaron por volverse irreconciliables. La intolerancia y el sectarismo terminaron por descalificar infundadamente cualquier expresión que discrepara de las decisiones que tomaba la dirección nacional de esta organización armada.

Mario Payeras intentó con este último testimonio señalar la inviabilidad de continuar la lucha política sólo a través de la vía armada. Su palabra pasó a segundo plano y no se le otorgó la

atención que merecía. La unidad que se había logrado alcanzar en los años previos sería endeble al paso de los acontecimientos y la definición de las posiciones políticas, lo que sumado a la intolerancia y a la falta de visión de la dirección, ocasionaron serias rupturas en el proceso revolucionario, que impidieron su curso y la consecución de sus objetivos. Gran parte de lo que se alcanza a percibir en este crudo testimonio da cuenta de que la organización en la ciudad se enfrentó a muchas complicaciones operativas debido al descuido en que incurrieron los guerrilleros urbanos al no reforzar el trabajo ideológico con la población de la capital. Si bien la actitud represiva del Estado impedía abiertamente la plena realización del trabajo político y el ejercicio de los derechos humanos fundamentales, como la expresión pública, otro tipo de propaganda política —no necesariamente armada— en la clandestinidad hubiera contribuido en mayor medida al reforzamiento consciente de la situación nacional y, así mismo, al fomento de la discusión política al interior de la población. Este trabajo de vinculación, comunicación y discusión con la población pudo haber funcionado de manera más efectiva que la acción directa con un pueblo curioso e inerme que se mantenía a la expectativa de las operaciones militares llevadas a cabo por los guerrilleros. Sin evaluar la relación de fuerzas de la guerrilla urbana, sin que mediara ningún tipo de discusión sobre la viabilidad de sostener la línea política-armada, el cerco militar del aparato estatal fue extendiéndose por toda la ciudad hasta reducir uno a uno los núcleos de las organizaciones armadas. Esto suscitó que la balanza política se inclinará en favor del Estado, que la guerra desembocara en la contraofensiva estratégica de 1981, que colocó al movimiento armado en una situación insostenible y prácticamente en la total desarticulación de los esfuerzos de guerra. Según Payeras, el golpe mortal de 1981 significó la derrota política, aunque momentánea, de la vía armada en Guatemala. Esta situación crítica marcaría el inicio de una

fase donde el recurso de las armas y la sobrevivencia se volvía el único propósito de facto de las organizaciones armadas.

En suma, este segundo testimonio muestra una maduración real y menos subjetiva —como sí sucedió en *Los días de la selva*— de los planteamientos de Payeras en torno al curso de la guerra. La evolución del pensamiento político del autor denota un giro en la concepción política que predominó, sobre todo, la década de los setenta. *El trueno en la ciudad* es un planteamiento crítico hacia la táctica adoptada por el EGP, a la incapacidad para articular una línea política coherente con lo que sucedía en otros segmentos sociales más fincados en una lucha de masas, como ciertamente ocurría en la década de los setenta e inicios de los ochenta.

No obstante el viraje político que poco a poco tomaba fuerza en las ideas y prácticas de Payeras, él mismo fue un defensor ferviente de la línea política que impulsaba la organización armada de la que formó parte. Lo interesante de este testimonio urbano es la explícita crítica hacia lo que Payeras mismo representó en algún momento, lo que derivó en un replanteamiento general de las concepciones acerca de la revolución guatemalteca y los métodos de ésta.

CONSTRUIR LA REVOLUCIÓN, NO DECRETARLA

Cuando en 1981 el Estado militar lanza su ofensiva a gran escala —los meses críticos son relatados por Mario Payeras en *El trueno en la ciudad*— comienza la desarticulación generalizada de los frentes guerrilleros e inicia el periodo más negro para el pueblo guatemalteco, en particular del sector indígena, en el cual se habían apoyado las diferentes guerrillas, especialmente el EGP. Las matanzas a gran escala y la *tierra arrasada* como política de Estado son puestas en práctica en el campo; en las ciudades, las manifestaciones son reprimidas violentamente. Mario Payeras testimonia

la actuación del aparato guerrillero urbano y los pormenores del fracaso político-militar al que fueron orillados por las fuerzas militares del Estado, pero también por la concepción política que pusieron en marcha las organizaciones guerrilleras. Con estos elementos, la visión de Payeras sobre la viabilidad y el posible triunfo de la lucha armada dio un giro. Luego de cinco años de serias derrotas en el campo militar era necesario un replanteamiento general. En un periodo relativamente corto, la fuerza de los hechos más un elevado grado de cerrazón y un fuerte sectarismo de la Dirección Nacional del EGP, que impedía la discusión política, motivarán la salida definitiva de Payeras de esta organización armada.

En una serie de ensayos elaborados a partir de 1985, poco después de su ruptura definitiva con la Dirección Nacional del EGP, Mario Payeras delinea lo que a su consideración constituye un balance crítico de la experiencia guerrillera de los setenta y ochenta. Son precisamente estos textos, de análisis histórico-político, los que dan mayor idea del desarrollo y los resultados de la posición política que Payeras impulsó como actor central del movimiento armado, que se materializó en la selva y la ciudad con los reveses políticos y militares ya expuestos.

En términos generales las conclusiones a las que llega el autor, que brindan una claridad poco común en la escena guatemalteca de mediados de los ochenta, son las siguientes:

[...] a nivel de las ideas las causas de los reveses militares sufridos tienen una matriz: la concepción de lo militar no como desenlace de una lucha de clases existente a partir de la propia dinámica social, sino como factor que la engendra, la incuba y la desencadena, subestimando las implicaciones de hacerlo a partir de la forma más aguda de lucha.¹⁴

¹⁴ Mario Payeras, *Los fusiles de octubre*, Guatemala, Ediciones del Pensativo, 2007, p. 107.



Básicamente este planteamiento remite a la idea de que el factor militar, empujado por la guerra de guerrillas, generaría las condiciones objetivas y subjetivas que “hacían falta” en la sociedad para desencadenar la revolución social. Esta tesis es un fiel reflejo del pensamiento y la práctica *foquista* que dominó a todo el movimiento armado. Ignorando u omitiendo la dinámica social que se había ido configurando especialmente en la década del setenta,¹⁵ la guerrilla guatemalteca actuó de forma “mecánica”. Los guerrilleros accionaron de acuerdo a una concepción política formada al calor de los hechos represivos en el interior del país, pero con una fuerte influencia del clima revolucionario que agitaba a la región hacia fines de la década. De esa forma, siguiendo el razonamiento de Payeras, interactuaban con la lucha de masas, tratando dicho fenómeno como un medio para derrotar militarmente al ejército y posteriormente tomar el poder. Pero, a decir de Payeras, para lograr conquistar el poder hace falta la formación de un ejército del pueblo y éste no puede emanar de ninguna iniciativa que no sea la de la propia dinámica de la lucha social de masas. Por ello anota lo siguiente:

[...] el camino para construir esas fuerzas armadas no puede plantearse al margen de la lucha de clases y de su desarrollo concreto, siendo la fuerza militar revolucionaria resultado de la lucha de cla-

¹⁵ La década del setenta fue ejemplar en la constitución de un movimiento de masas —principalmente en la capital— que le disputó al Estado militar conquistas sociales barridas con el golpe de 1954. Los sindicatos y organizaciones sociales tomaron fuerza, las manifestaciones del día del trabajo fueron permitidas, las huelgas y paros de los trabajadores lograron nuevos pactos colectivos benéficos para los trabajadores. En el plano universitario, los estudiantes organizados respaldaban los movimientos sociales y las protestas en todo el país. Este clima favorable para la lucha política abierta que iba ganando terreno y conquistando derechos, fue factible tras articularse en un instrumento político llamado Comité Nacional de Unidad Sindical (CNUS).

ses, su producto. Los pueblos en lucha no gestan fuerzas armadas en cualquier lugar y en cualquier momento del proceso histórico, pues los ejércitos populares son concentración máxima de energía social, uno de sus grandes productos en la lucha revolucionaria.¹⁶

Una tercera y última conclusión del autor es la correspondiente al ámbito continental, donde se encuentran semejanzas en los resultados políticos de la experiencia guerrillera.

A excepción de Cuba, Nicaragua y El Salvador —procesos en los cuales la acción militar es precedida por una acumulación política de fuerzas que reclama imprescindiblemente el desenlace armado—, los movimientos guerrilleros latinoamericanos, como una constante, han ignorado el vínculo esencial, la trabazón interna y el orden de precedencia en la lucha revolucionaria de lo político en relación a lo militar, no complementando ambos en la práctica y pretendiendo gestar las condiciones políticas por medio de la acción militar.¹⁷

Estas tres ideas centrales apuntan a cuestionar, mediante la discusión política, una práctica anquilosada de pensar la política y la revolución guatemalteca. Con justeza, el autor de estas ideas nos remite a estudiar desde otro enfoque, es decir, desde las principales transformaciones históricas que el país ha experimentado en el transcurso de su vida política. De esta forma, recuperando el repertorio histórico de las grandes movilizaciones de masas que devinieron en profundos cambios para la sociedad guatemalteca, Payeras pone el acento crítico en la conducción de una guerra revolucionaria que había incurrido en errores políticos, cuyas repercusiones no pudo haberlas previsto nadie.

¹⁶ Mario Payeras, *Los fusiles de octubre...*, p. 112.

¹⁷ *Ibid.*, p. 227.

El enfoque revolucionario de Payeras dio un giro de ciento ochenta grados, pues a diferencia de la práctica guerrillera que permeó gran parte de su militancia política y de sus principales ideas foquistas, resurge en sus planteamientos el hecho de que las grandes transformaciones de Guatemala sólo han sido posibles mediante insurrecciones de masas y no como producto de una supuesta y presuntuosa “vanguardia” aislada de la dinámica de la lucha social.¹⁸ Para ello se vale de retomar las tres grandes transformaciones sociales del pueblo guatemalteco —la revolución liberal de 1871, el derrocamiento del dictador Estrada Cabrera en 1920 y el fin del Ubiquismo en 1944— y se apoya en el análisis histórico de las condiciones que las hicieron posibles. Payeras señala, por una parte, una agudización de los problemas sociales, derivados de causas económicas y políticas y, por otra, una acumulación de descontento generalizado que logró articular en su momento a amplios conjuntos de clases divergentes, pero con elevado sentimiento progresista y transformador que desembocó en un levantamiento armado de todo el pueblo. Sin embargo, no desestima el vigor con el que se lanzaron los revolucionarios y el sacrificio de miles para emprender la transformación anhelada de la sociedad guatemalteca, brutalmente interrumpida por el golpe de Estado militar auspiciado por la CIA y el Departamento de Estado norteamericano. Este tremen-

¹⁸ Es importante señalar que una vanguardia, efectivamente, se logró consolidar en cada una de las tres experiencias revolucionarias. Pero ello se debió no al voluntarismo de quienes se pudieron considerar los más avanzados, sino producto de la realidad social en sí y de sus procesos políticos que lograron reunir las condiciones suficientes que devinieron en la formación de una dirigencia reconocida por todos los sectores sociales progresistas así como los frentes de lucha organizados. Tal fue el caso del Partido Unionista en 1920, que en la acción de uno de sus más destacados dirigentes, el obrero Silverio Ortiz, se consiguió canalizar la energía social acumulada por tanto atropello cometido por el dictador Estrada Cabrera y forzar la salida del tirano.

do sacrificio motiva la nueva lectura política del autor, cuya idea central y definitoria que hereda es, indudablemente, que para hacer una revolución es necesario primero construirla y no decretarla, como se practicó durante muchos años en el seno de las organizaciones armadas.

Mario Payeras arriba a una síntesis política producto de una realidad sociohistórica que tuvo su desarrollo y desenlace en Guatemala. Independientemente de sus resultados, a través de los testimonios de Payeras se abre la posibilidad de abordar el estudio histórico del movimiento guerrillero guatemalteco derivado de una práctica testimonial que funge como el refractario de una parcela de determinada realidad histórica.

CONCLUSIÓN

El uso de los testimonios de Mario Payeras como forma de profundizar en la memoria de la realidad guatemalteca resulta de utilidad para el análisis histórico. Ambos textos son la manifestación de un tipo de actuación política que al paso de los años se convirtió en experiencia. Hoy son parte de la memoria del complejo cuadro de lucha social que se vivió en Guatemala. Desentrañar poco a poco sus realidades, plasmadas en distintos tipos de documentos —orales, gráficos o escritos— es tarea pendiente para los estudios latinoamericanos. El testimonio en cuanto tal es un recurso más cuya utilidad continúa impactando actualmente. Estudiar la memoria de un caso particular nos debe conducir a ensayar la crítica histórica con miras a aprender del pasado para corregir el presente y construir un futuro.

La memoria no se ejerce en función de rememorar por el simple hecho de no olvidar el pasado. La intención de no dejar en el olvido aquellos acontecimientos que han marcado a toda una generación social tiene un trasfondo de aprendizaje histórico.

La necesidad de que la sociedad en su conjunto recuerde hechos que alteraron la vida en todos sus órdenes va de la mano con la adopción de una actitud militante con el pasado. Esta actitud es distinta de la visión que se conforma con sólo conocer el pasado para no entablar una relación orgánica con éste.

Es función de la memoria interactuar, aprender y transformar la realidad histórica que nos concierne por el simple hecho de ser herederos de una tradición histórica, nos guste o no. En esa medida la memoria trascenderá el plano estrictamente conmemorativo para transformarse en una herramienta útil que nos acerque a nuestra historia y en el acto, contribuyamos a enfrentar nuestra realidad social de manera consciente para mejorar lo que nuestros antepasados fueron y con ello desterrar el olvido. Esta es, a consideración de quien esto escribe, una de las funciones sociales que podemos conferirle al testimonio y a la memoria.

BIBLIOGRAFÍA

- Brett, Roddy, *Una guerra sin batallas: del odio, la violencia y el miedo en el Ixcán y el Ixil, 1972-1983*, Guatemala, F&G Editores, 2007.
- Cofiño, Manuel, “Acontecimiento y literatura”, en *Casa de las Américas*, vol. 13, núm 75, La Habana, noviembre-diciembre de 1972.
- Fonseca, Elizabeth, *Centroamérica: su historia*, Costa Rica, UCR, 2013.
- Fornet, Ambrosio, “El testimonio hispanoamericano: orígenes y transfiguración de un género”, en *El otro y sus signos*, Santiago de Cuba, Instituto Cubano del Libro/Editorial Oriente, 2008.

- Dalton, Roque, *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, Colombia, Ocean Sur, 2007.
- Payeras, Mario, *Los días de la Selva*, 13ª ed., Guatemala, Piedra Santa, 2010.
- _____, *El trueno en la ciudad*, 3ª ed., Guatemala, Ediciones del Pensativo, 2006.
- _____, *Los fusiles de octubre*, 2ª ed., Guatemala, Ediciones del Pensativo, 2007.
- Schlesinger, Stephen Kinzer, *Fruta amarga. La CIA en Guatemala*, México, Siglo XXI, 1982.
- Tischler, Sergio, *Imagen y dialéctica. Mario Payeras y los interiores de una constelación revolucionaria*, Guatemala, F&G Editores, 2009.